

Desde otro punto de vista es también de gran interés el diario del mayor Blanco, o sea como prueba fehaciente de que Spencer no fué, según lo afirman Walker y los historiógrafos norteamericanos, el jefe único y absoluto de la expedición del río de San Juan, atribuyéndole todo el mérito de la victoria. Si Spencer hubiera sido el jefe que ellos pintan, no se explicarían ni el hecho de haberle impuesto el mayor Blanco, el 20 de diciembre de 1857, su resolución de atacar La Trinidad, ni la reprimenda que le dió el 25 del mismo mes. Muy útiles resultaron los servicios de Spencer. Esto es innegable; pero para ser justo, hay que darle a cada uno lo suyo, y siendo esto así, es preciso convenir en que el feliz éxito de la empresa se debió en mucha parte a la valentía y pericia militar de don Máximo Blanco, en quien el presidente Mora había depositado toda su confianza, conservándosela entera, aun después de la retirada de La Trinidad. Así lo prueba la carta que sobre este asunto le escribió desde San José, con fecha 17 de febrero de 1857. "Me impuse de su carta fecha 15—le dice—, así como del parte que V. comunica sobre los motivos que le forzaron a retirarse de La Trinidad. Todo es de mi aprobación y V. ha obrado conforme lo demandaban las circunstancias. Nada ha perdido V. de la buena opinión que siempre me ha merecido ..."

R. FERNÁNDEZ GUARDIA

DIARIO que llevó el Sargento Mayor don Máximo Blanco en la expedición al río de San Juan por la vía de San Carlos.—Años de 1856 y 1857 ⁽¹⁾

Es de advertir que el que suscribe fué nombrado por el General en Jefe primer comandante de esta división; pero como me pareció la empresa más alta que lo que podía alcanzar mi capacidad militar, rehusé el mando como primero, ofreciendo obedecer a cualquiera que llevara la responsabilidad, y al efecto fué nombrado el Teniente Coronel Barillier, alias Zuavo. Esta división se componía de dos compañías de ochenta soldados cada una y cuarenta gastadores; el armamento era la mayor parte de chispa y por consiguiente malo, pero en cambio la tropa fué escogida como la mejor. También iban dos piezas de artillería con su correspondiente tropa, pero sin ningún oficial que supiera de esta arma. El primer comandante me encargó la división el día de marchar, porque él salía de San José un día después. Esta división llevaba por capellán al Presbítero D. Rafael Brenes y por su cirujano al muy malo Doctor Bastos, hijo de Nicaragua. En el Muelle de San Carlos nos aguardaba un norteamericano llamado Spencer, el cual esta-

(1) Archivos Nacionales. S. A. Serie XII. N° 9389. Este documento es una copia sin firma del diario original. Las notas son del director de esta revista.

ba al corriente de la rutina de los vapores en el San Juan y debía ponernos lo mismo respecto de sus estadias, etc. Los oficiales que como intrépidos se escogieron fueron: el Capitán D. Damián Soto, aunque con 50 años de edad; el Capitán D. Jesús Alvarado; los Tenientes D. Santos Mora, D. Francisco Echandi, D. Francisco Quirós, D. Dionisio Jiménez, alias Mataviejas, D. Matías Valverde, D. José Solano, D. Ramón Brenes, D. Ambrosio Salazar y D. Ramón Campos, mi ayudante. Mister Cauty nos alcanzó sobre el camino y llevaba el grado de capitán de marina, y D. Joaquín Fernández, D. Rafael Bolandi y D. Rafael Camacho, que también nos alcanzaron. No he sabido todavía a qué y cómo iban. Pasaremos adelante.

Diciembre 3 de 1856. Salimos de San José a las ocho de la mañana y llegamos a Alajuela a la una de la tarde; fué oficial de día D. Francisco Quirós. Tuvimos dos desertores de los presidiarios zapadores. Esta marcha ha sido de lo más alegre por el mucho acompañamiento y por la noche un baile que coronó el día.

Diciembre 4. Salimos de Alajuela a las ocho de la mañana y llegamos a Grecia a la una de la tarde. La marcha menos alegre que la anterior. En esta jornada el Capitán Soto se escapó de morir de una caída de su mula; quedó un soldado enfermo. En esta tarde mandé encalabozar a una mujer por haberse negado con altanería a prestar un traste. En este nuevo y hermoso pueblo fuimos recibidos con entusiasmo y nos fueron prodigados los obsequios que mejor pudieron, pues se esforzaban en que la tropa comiera allí en este día por seis meses. ¡Qué diferencia con Liberia! Cuando en el mes de Marzo de este año, que estuvimos de paso en la expedición primera sobre Nicaragua, nos costaba trabajo comer bien mal, pues aquellos vecinos eran los más negados y perezosos, a la par de interesados.

Diciembre 5. Salimos de Grecia a las seis de la mañana y llegamos a un paraje, La Laguna, a las cuatro de la tarde, dejando enfermo de camino a un soldado. Como en este día la marcha fué muy forzada, las provisiones quedaron muy atrás, por lo que hice volver a un sargento para que de cualquier modo adelantara el rancho del día siguiente. Esta es una de las dormidas más incómodas, por no haber casa y sí un fangal con un excesivo frío, sin poder recurrir al fuego por la continua lluvia.

Diciembre 6. Hasta las diez de la mañana (no) fué posible salir de La Laguna y llegar a Los Mancos a las cuatro de la tarde: éste es ya un camino muy malo, subiendo y bajando cuchillas muy pendientes. En esta jornada el Doctor Bastos largó el llanto porque se veía cubierto de lodo. Este día perdió pie mi mula y fui con ella por una peña abajo. No hubo un solo oficial que no cayese con su bestia. Por la noche de este día empezamos a sufrir, durmiendo entre el fango a la intemperie y bajo un aguacero de toda la noche.

Diciembre 7. Salimos de Los Mancos a las seis de la mañana y llegamos al Peje a las dos de la tarde. Hoy encontramos cuevas en este camino que sólo pueden pasarlas los tigres, tales como la tal Ronrón; también en esta jornada caía a cada momento la gente, tanto de a pie como de a caballo. Hoy el doctor ya no lloró sino que renegaba hasta del día en que nació; muchos oficiales y soldados perdieron algunas cosas de sus equipos; los gastadores tres hachas y una tienda de

campana y otras cosas, todo debido a la obstinación (2) que les causaba tanto caer y levantar; y por consiguiente, en atención a los trabajos, el castigo por las cosas del Gobierno fué moderado.

Diciembre 8. Este día hizo alto la división en el río Peje, por aguardar el parque y para que la tropa descansa y arregle sus equipajes. A las diez de la mañana llegaron los señores D. Joaquín Fernández, D. Carlos Moya, D. Rafael Camacho y D. Rafael Bolandi. Estos señores hablaban, como todos, muy mal del camino. Dos horas después el Zuavo, que nos hizo reír con sus protestas contra el camino y diciendo que en Francia no se marcha así. Aquí mandé matar cuatro reses pequeñas, previo el valúo que ascendió todo a \$ 35. En este día recibí un pliego cerrado, acompañado de una nota o carta del señor Presidente, en que me dice que el pliego cerrado contiene instrucciones acerca de las operaciones y deberé abrirlo al empezar éstas. El Doctor Bastos, al enseñarme su botiquín, también le vi un macito de cabuya, y preguntándole para qué era, me dijo que para coger arterias. “Vaya—me dije—, que si me botan una pierna tengo esperanza de vida con tan buen doctor y prevenciones”. Don Joaquín Fernández, Camacho y Bolandi sin colocación en la expedición, sino de curiosos (3).

Diciembre 9. Salimos del Peje a las ocho de la mañana y llegamos al Muelle de San Carlos a las dos de la tarde, dejando al Zuavo y una escuadra de veinte hombres con el Doctor Bastos, el cual aconsejaba a Moyita (4) que se quedara, porque la ocupación del Muelle era peligrosa. Esta jornada, aunque de camino plano pero muy fangoso. Las embarcaciones estaban por hacerse, en las cuales debíamos bajar el río. Salió el oficial Dionisio Jiménez y el Sargento Reyes Serrano en un miserable bote para abajo del río como exploradores. En esta noche hubo brindis y baladronadas, cuyos actores eran Spencer, Joaquín Fernández, Rafael Camacho y nuestro doctor y yo, que tal vez algo dije porque teníamos coñac.

Diciembre 10. Este día se arreglan las armas, se abren picaduras para las avanzadas, se trata de acabar una casa y otras cosas para acomodarnos mientras arreglemos la continuación. Por la tarde llegó el Zuavo y los que se habían quedado. Este día no más empezó a chocar el Zuavo con Spencer. Se municionó la tropa. Llegó Mr. Cauty como capitán de marina.

Diciembre 11. Mr. Cauty principió por arreglar el muelle. Se ordenó el aseo de la tropa. Se manda sacar hule para untar trapos y hacer tapallaves. Guerra abierta entre Bastos y los oficiales, porque así como en toda conversación se mete, también se mete adonde están comiendo y los deja con hambre; a pesar de todo tuve que reconvenir a los oficiales para que lo traten mejor. Temporal de firme.

Diciembre 12. Hoy se da principio a formar balsas para bajar el río. El Zuavo ofreció amarrar al proveedor, Capitán Vega, porque desobedeció no sé qué orden. Se blanquearon los rifles. Llegada de unos carpinteros a fabricar botes; seguramente para un mes después.

(2) Costarrriqueñismo por desesperación. No figura en el Diccionario de Gagini.

(3) El mayor Blanco ignoraba la misión secreta confiada a los mencionados por el Presidente Mora.

(4) Don Carlos Moya.

Diciembre 13. Toda la tropa se ocupa en diferentes oficios, como jalar y alistar la madera para balsas, etc. Se discute sobre planes de ataque. Llegada de unos mozos que vienen de donde los guatusos y dicen fueron atacados por éstos; que son de cutis blanco y que sus armas sólo son flechas. Esta tarde se acabó la primera balsa. Llegada de D. Chico González como comisionado del camino, o como proveedor. El temporal sigue.

Diciembre 14. Hoy emprendió la marcha Spencer, Fernández y Bolandi en un bote con seis marineros, sobre la boca de San Carlos, y quedamos convenidos en acelerar la marcha de la tropa lo más pronto posible, pues Spencer va a estar en observación a la orilla del San Juan mientras llegamos. En esta noche el Capitán Alvarado me da parte que la tropa trata de rebelarse contra los extranjeros Spencer y el Zuavo. Se dictan algunas medidas y se cortó. Todo se dificulta para la marcha. Al Zuavo le noto poca gana, y yo en conflictos porque debía estar cierto día reunido con Spencer y tal vez no llego a tiempo.

Diciembre 15. A las siete de la mañana las balsas rompen las coyundas con que tuvo Cauty el error de amarrarlas y se van con Cauty y tres soldados. Los hice seguir por un bote y los trajo, dejando las balsas de nuevo amarradas. Se redoblan las dificultades para la marcha, por la impericia y pocas comodidades para trabajar. Con motivo de aproximarse la salida, hoy se desertó una partida de trece soldados; y en vista de esto hice embarcar inmediatamente todos los que pude y quedé en tierra con el resto por esta noche en la cual llegó un gran bote.

Diciembre 16. Muy de mañana empezamos por cargar el nuevo bote y nos marchamos. Como a las ocho de la mañana cogió un remolino las balsas y nos detiene tres horas hasta que voluntariamente nos echó, porque no nos era posible discurrir un modo para salir. Una hora después se rompe un bote en medio río, quedando en dos astillas independientes; pero dichosamente nadie pereció. Dos horas después se traba una balsa cerca de la isla de Arena y se rompen los bejucos hasta salir cada palo por su camino; pero los soldados se tiran al agua, y como fué cerca de tierra, todos salieron sin novedad. Aquí la gente se revuelve y dicen que sólo caminarán por tierra; pero yo hice amarrar y arreglar bien la balsa, y con una ligera imposición a la tropa los hice embarcar y marchamos al día siguiente. Esta noche nos encontramos con D. Pío Alvarado, que venía de buscar el Castillo Viejo por orden del Gobierno de Costa Rica, el cual no halló. Nos contó que lo habían atacado los indios llamados guatusos y que huyó, porque el número era grande.

Diciembre 17. Salimos a las seis de la mañana y a cada rato se pegan las balsas y nos demora mucho esto. El Capitán Jesús Alvarado, que timonea un bote en que van las provisiones, lo vara, se llena de agua y por consiguiente hoy nos contamos sin qué comer, porque el bizcocho, como otras cosas, frijoles, etc., todo es perdido, inclusive la mayor parte del parque. Este ha sido día (de) muchos atrasos. Hoy hemos tenido dos horas de sol, cosa nueva, porque llevamos doce días de no verlo.

Diciembre 18. Hoy sólo contamos dos pegas de las balsas y una de Jesús Alvarado. Vamos bien, ya el río es enorme. El Zuavo no ha sido visto desde el Muelle; dichoso de él que no tiene que habérselas más que con él; y todo me fuera

poco si esté gorrón no se hubiera llevado mis provisiones particulares. Esta noche ha habido una ligera camorra de golpes entre el Padre Brenes y Rafael Camacho; mandé arrestar a éste en la retaguardia. Francisco Alvarado y Cauty se van portando perfectamente bien; pero este Doctor Bastos nos bruñe, y no sé qué será peor, si él o los zancudos, o el mal tiempo, según me lo pregunta el Padre Brenes.

Diciembre 19. Una gran creciente nos ha dejado anoche sin la balsa en que iban los cañones; se llevó también unas armas y la ropa de unos soldados. Henos aquí con setenta hombres a pie y sin recurso para hacer otra balsa. Los mandé por tierra con los oficiales Francisco Quirós y Matías Valverde, y así continuamos todos. A poco andar se queda un soldado en medio río pegado en una rama. Aquí paramos y, a fuerza de muchas diligencias, con bejucos lo pudimos sacar. Todos estos trabajos eran porque los botes son tan finos que no van río arriba ni con vapor. En este alto de la marcha encontramos mucho cacao, del cual llevamos para el gasto. A las tres de la tarde seguimos la marcha y dimos con el Zuavo, bien acampado (a) unas cuatro leguas antes del río San Juan; aquí dormimos y yo sin qué comer.

Diciembre 20. A las seis de la mañana volví dos soldados y un cabo hasta topar la gente que venía por tierra, para que llevando una picadura vinieran a este punto y se provean de bizcocho, aunque mojado, todo lo que teníamos, y nos marchamos hacia la desembocadura en el San Juan. Llegamos a la una de la tarde. Aquí estaba Spencer y Fernández en una casa, a la derecha. Unas mil varas río abajo está una casa de leña para los vapores; ésta le mandó Spencer al Zuavo que debía ocupar. El Zuavo se excusó; por esto hubo disgusto que hubiera pasado adelante si yo, por evitarlo, no me hubiera ofrecido a ocupar la casa. Di parte de estar ocupada y a poco llegaron ellos con el resto de la gente. Aquí se siguieron cuestiones, porque los dos querían mandar en jefe. Estos fueron mis apuros, al considerar que por estas discusiones era muy fácil que fracasara la empresa. Entonces me interpuse y les impuse, haciéndoles ver que yo me desharía de ellos y como costarricense tomaría el mando. Nos arreglamos y ya el Zuavo no mandaba; de aquí en adelante yo me apropié su autoridad, conforme las órdenes que yo reservadamente llevaba del Gobierno, para en caso de cobardía o traición yo haría lo que mejor me pareciera en obsequio de mi patria. Esta noche hice emboscar la tropa por si algún vapor llegaba a cargar leña hacer por tomarlo. Aquí opinaba el Zuavo fortificarnos en la isla Providencia y al efecto me dió orden para que yo pasara a dicha isla con cincuenta hombres; pero yo desobedecí, porque tal resolución me pareció un disparate y más bien le dije: “Mañana pasaremos adelante y tomaremos La Trinidad”—. “¡Qué disparate!”, dijo Spencer. “Yo mando”, le contesté. Hoy mandé dar 50 palos al Dr. Bastos si no curaba los enfermos; pero no se los dieron.

Diciembre 21. A las diez de la mañana salimos sobre La Trinidad o confluencia de Sarapiquí, punto fortificado por los filibusteros, a dar el golpe, y llegamos al estero del Copalchí a las cuatro de la tarde. Este día es el más lluvioso que hemos visto. En este estero emboscamos la tropa, y Spencer, Fernández, Camacho y yo nos fuimos por dentro (de) la montaña a ver si podíamos hacer alguna observación al enemigo; y después de andar como mil varas, que notamos

la imprudencia de este paso, nos regresamos y resolvimos aproximarnos con toda la gente, embarcados. Al desembocar de este estero, ya en el crepúsculo de la tarde, se nos presenta uno de los vapores que bajaba el río: este fué el gran susto, por el temor de ser vistos y que entonces todo era perdido con echarnos el vapor encima, pues aquí no contábamos siquiera con un tiro, porque el parque todo estaba mojado y los fusiles cargados y mojados. Bien; nosotros, con el mayor silencio, nos agarramos de las ramas y la sombra nos favoreció de ser vistos. Con motivo de este vapor hubieron algunas deliberaciones en plan de tomar La Trinidad; y aunque Spencer opinaba pasar con el favor de la noche este punto e ir a tomar los vapores a San Juan, no me pareció bueno y convinimos en pasar la noche en el citado estero de Copalchí y al día siguiente dar el ataque. Nos concentramos con los botes (a) unas quinientas varas y en los mismos botes pasamos la noche. ¡Oh noche! Bajo un aguacero, entre un zancudero espantoso y sin poder ninguno moverse del lugar en que estaba sentado, y sin haber comido nada desde por la mañana.

Diciembre 22. A las cinco de la mañana, todos entumidos por la lluvia y la posición y con hambre suficiente, porque traíamos algunas atrasadas, desembarcamos todos y formamos con mucho trabajo algunos fogones muy adentro de la montaña; porque como estábamos a una milla del enemigo, temíamos nos observasen el humo, y en estos fogones secamos los fusiles y algunos pocos cartuchos. Esta operación duró hasta las diez de la mañana, a cuya hora nos pusimos en camino por dentro de la montaña hacia el Sarapiquí, dejando nuestros botes con el oficial Estanislao Ramírez y algunos enfermos. Después de recorrer unas dos mil varas de fango y espinales, nos encontramos a unas quinientas varas del campo enemigo. Aquí hicimos alto y entre Spencer, Francisco Alvarado, Joaquín Fernández y yo convinimos (en) que yo llevaría treinta hombres por la derecha y que cuando ellos oyeran las primeras descargas atacarían con los cien hombres restantes, por la izquierda. Yo llevaba para este asalto a los Capitanes Francisco y Jesús Alvarado, Capitán J. M. Rojas, id. Solano, oficial F. Echandi, y Campos. Marché hasta topar con el Sarapiquí y entonces seguí a la izquierda hasta divisar las casas del campamento enemigo. Arreglé en cuatro guerrillas los treinta hombres y me adelanté solo por entre las ramas ocultándome lo posible; y cuando vi que los filibusteros estaban enteramente distraídos y entretenidos alrededor de una gran mesa, volví atrás y mandé cargar a trote. A mi primer descarga, como de cinco fusiles, porque todos no querían dar fuego por húmedos, los filibusteros tomaron sus armas, y por mucho que quisieron volar a sus trincheras, ya nosotros les habíamos tomado una; y aunque ellos se posesionaron de la otra, la tropa que yo llevaba cargó a la bayoneta y muy pronto los hicieron tirarse al agua. En esto llegó Spencer y la demás gente. Hice poner centinelas a unos barriles de carne y a unas ollas cocinadas que muy bien nos cayeron. Se tomó prisionero al comandante, que era un tal Thompson, y otro; y unos nueve muertos los mandamos enterrar. Los demás se echaron al agua, y de sesenta y pico que eran escaparon seis. Nosotros sólo tuvimos dos heridos. Como episodio: al partir a este asalto, D. Joaquín Fernández dijo: "Al que cometa la acción de mayor valor le doy quinientos pesos". Sobre la marcha entre los soldados se disputaban los \$ 500, porque cada uno decía que los

iba a ganar, y fué Joaquín Aguilar (5), cabo de Barba, el primero que entró sobre la trinchera y levantó al centinela del cañón en su bayoneta. Por una casualidad, al estrechar a los filibusteros en el ángulo, un oficial tomó un bote; a ese tiempo jalé a un soldado y le dije: “¡Fuego a ese hombre!” y lo mató. Eso dió el triunfo, porque si va a San Juan a dar el parte, es perdida la expedición, porque todo debía ser sorpresa sobre sorpresa. Arreglado que fué todo en este punto, dejamos al Zuavo con treinta hombres. A las seis de la tarde marchamos para Greytown con el objeto de tomar los vapores. En esta noche, lo mismo que la anterior, nadie durmió, porque íbamos en marcha bajo un aguacero que no cesó. Ya aquí la flota se componía de cinco botes: uno comandado por Mr. Cauty, otro por el Capitán Alvarado, Jesús, otro por el Teniente Santos Mora, otro por D. Francisco Alvarado y el otro en que iba yo, Spencer, el Padre Brenes, Joaquín Fernández y cuatro oficiales más, junto con dos prisioneros de La Trinidad.

Diciembre 23. A las dos de la mañana, después de dejar a bordo de un vapor inglés a los prisioneros que traíamos, nos dirigimos hacia la costa de la bahía de Greytown y arribamos a unos vapores abandonados que (allí) estaban, nada más que mi bote y el de D. Francisco Alvarado. Esta parada fué tanto por aguardar alguna otra embarcación, como para aguardar algo de claridad, pues la noche era borrascosa. A las cinco de la mañana ninguno de nuestros botes se divisaba; y como ya nos cogía el día, nos marchamos a la presa que ya teníamos a la vista: tres vapores estaban amarrados unos de otros y otro pegado al muelle de Punta de Castilla. Spencer, Joaquín Fernández y dos oficiales saltaron en tierra a unas ochocientas varas de la Punta y yo, seguido de la embarcación de D. Francisco Alvarado, nos dirigimos a los tres vapores (que) estaban solos. Dejé aquí unos pocos soldados y un oficial y seguimos para el que estaba en el muelle. Llegar y brincar toda mi gente sobre el vapor, (todo) fué uno, e inmediatamente los hice dispersar por sobre la toldilla. A todo esto los habitantes del vapor y del pueblo dormían; pero cuando unos pocos filibusteros que estaban en el vapor despertaron a la bulla, resonó ésta en el pueblo y entonces todos huyen despavoridos y medio desnudos, a la vista de gente, también desnuda casi, pero con arma en mano. Es de advertir que nuestra tropa, a causa del mal tiempo y tantos trabajos, hemos llegado sin ropa y hasta sin sombrero muchos, porque ya se habían podrido; de suerte que esta gente daba un aspecto lastimoso (y) al mismo tiempo horroroso, porque más bien parecía una partida de bandidos que tropa organizada de un Gobierno. El que tenía puesta (una) camisa no traía sombrero y el que tenía pantalón, aunque roto y asqueroso, no traía otra cosa.

En el acto de tanta confusión para los habitantes de esta Punta, la casa de la Compañía hace tocar la campana de alarma e inmediatamente se agolpan aquí todos, sean filibusteros o extranjeros. Entonces yo me fui hacia ellos y traté de sosegar tanto bochinche. Cesa éste cuando ya era de día. Ahora empiezan a llegar lanchas llenas de curiosos de los vapores ingleses de guerra y mercantes; se trasbordan y se ríen de ver nuestra facha. Spencer, Fernández y Alvarado se van para el puerto de San Juan; son las ocho de la mañana y ninguna otra lancha

(5) Léase Nicolás Aguilar.

de las nuestras llega, a la sazón que no tengo más que cuarenta y cinco soldados. Empiezan de nuevo a agruparse los extranjeros o filibusteros en la casa de la Compañía. A movimientos tan sospechosos, de ellos, yo me alisto y pongo veinte hombres en guerrilla frente a la casa de la Compañía. Entonces el agente Scott se va para un buque de guerra inglés, pide auxilio y en el momento vienen dos cañoneras imponiéndome. Los que hablan inglés y que me pertenecen se habían ido para San Juan. Estos fueron mis apuros. Pude hablar al capitán inglés y me dijo que temían una violencia de parte de los costarricas contra los vecinos de la Punta y que por eso era esa actitud en que estaban ellos. Aquí convinimos en que si no la había hostil de parte de aquellos vecinos, tampoco los costarricas ofenderían a nadie; y si yo había tomado algunas precauciones fué porque vi en ellos algunas acciones que me hicieron temer algún movimiento. En esto llegó Spencer y una lancha en que venía el Teniente Santos Mora, y a poco llegaron las demás. Aquí estuvimos hasta las siete de la noche que levantamos la ancla con los cuatro vapores con proa arriba del río; pero cerca (de) la población de Greytown nos varamos y acabamos de pasar la noche. Cuando la fatiga y bulla de que “¡Nos varamos!” me dijo mi ayudante Ramón Campos: “Nos va a llevar el diablo, y si sólo fuera vararnos; pero estos diablos de capitanes nos van a volar, son filibusteros”. Estos fueron unos que concertamos para que manejasen los vapores; y aunque unos eran de Nicaragua, siempre desconfiábamos y más cuando debíamos calcular que (no) les gustaría mucho que nos trajéramos los vapores. Aquí compramos de fiado a los señores Barruel algunas provisiones de boca para este día.

Diciembre 24. A las cinco de la mañana toda la tropa al agua para despegar los vapores y se trabajó hasta las doce del día en que salimos sobre el río, sin almorzar y sin provisiones, a pesar de mis exigencias, porque nadie llevaba dinero; nos conformamos con un barril de carne y otro de galleta, que estaban a bordo, y algunas cajas de sardinas que pudieron conseguir uno que otro oficial. A las once de la noche celebramos el primer repique de la misa de Nochebuena, con una caja de sardinas y una botella de coñac, y una hora después se fué a la agua un soldado herido en La Trinidad, a causa de haberse levantado dormido; y entre poco dimos fondo antes de llegar al punto de La Trinidad.

Diciembre 25. A las seis de la mañana seguimos la marcha y no nos fué posible hacer llegar todos los vapores al punto de La Trinidad. Dejamos dos abajo de un raudal que hay al llegar; pero en los esfuerzos que se hicieron para treparlos, sufrieron fuertes golpes y roturas, particularmente el *Wheeler*, porque al remolcarlos se estrujaban.

En este punto dejamos diez soldados más y marchamos inmediatamente. Al llegar a la isla de la confluencia del San Carlos, nos reconviene una fuerza ya en actitud de combatir; pero era aquella que había quedado en marcha por tierra a las órdenes del Capitán D. Francisco Quirós y del id. D. Matías Valverde. Nos hicieron reconocer y se nos incorporaron y aquí dormimos. En este día, por la mañana, hubo un ligero disgusto entre algunos oficiales y el Capitán Spencer por una taza de tomar café. Intervine diciéndole a Spencer que debía ser menos miserable y se cortó todo.

Diciembre 26. A las seis de la mañana un vapor en que venía D. Francisco Alvarado marchó para el Muelle de San Carlos, llevando para el interior a D. Joaquín Fernández, D. Rafael Camacho y D. Rafael Bolandi, con el principal objeto de traer al General Mora y su fuerza. A las ocho de la mañana emprendimos la marcha a tomar el Castillo Viejo, adonde llegamos a las tres de la tarde. Pegamos nuestro vapor, con la gente cubierta, al que allí estaba abajo del raudal, y con toda rapidez trasbordamos; y como el vapor tomado pegaba con tierra, brincamos a ella con parte de la fuerza y en carrera (me) encaramé sobre el Castillo. La gente de los vapores y demás habitantes quedaron fríos, porque no sabían qué les sucedía. Se arreglaron inmediatamente algunas avanzadas y se dieron disposiciones, a fin de cortar la comunicación hacia arriba del río. A continuación se mandó un nicaragua, ganando \$ 200, al raudal del Toro, y llamando con mentiras otro vapor que allí había se hizo venir, y al mismo tiempo de amarrarlo al muelle le cayó encima el Teniente D. Santos Mora con 25 hombres; y este (vapor), que se llamaba *Ogden*, quedó nuestro como los anteriores. Acto continuo el señor Hohlenbee, alemán, nos dió una excelente comida en el hotel que aquí tenía, pero de fiado.

Diciembre 27. Salimos del Castillo dejando en éste y un vapor 25 hombres y el resto de la fuerza marchó en el vapor *Bulwer* sobre el raudal del Toro, adonde sabíamos que estaba fondeado el vapor *Virgen*, y al llegar ocultamos toda la fuerza al favor de unas cortinas que caen sobre la obra muerta, de manera que el buque aparentaba que iba cargado de señoras. Llegamos a la cortina del *Virgen* que nos aguardaba como si fuéramos de los suyos, para lo cual la tripulación y la guardia vino hacia el lado por donde nosotros llegábamos; pero al atracarse nuestro vapor del otro, los oficiales preparados para levantar los telones o cortinas lo hicieron y la tropa saltó sobre el *Virgen*. Hicimos ver a aquellos habitantes que no tenían que temer y quedaron tranquilos. Aquí se tomó mucho parque, cañones, cuatrocientos rifles nuevos, mucho vino y ginebra, muchos chifles, avantrenes, etc., aunque todo esto nunca supe qué camino tomó. Inmediatamente Spencer se volvió a topar al General Mora y yo me ocupé en asegurar mi posesión, formando un pequeño reducto en la orilla del río. Aquí tuvimos tres días de fiesta con magníficas provisiones que había en este vapor. Ningún soldado volvió a beber agua sino sólo vino tinto hasta acabarlo.

Diciembre 28. Se sigue arreglando la fortificación o reducto, desmontando sus alrededores. Mandé abrir cajas de parque y municioné bien la tropa; hice montar dos cañones y pasarlos al reducto, junto con mucho parque de ambas clases, y el resto lo arreglé en la bodega para volar el buque si fuese necesario. Mandé recoger todas las armas de los que escoltaban el vapor.

Diciembre 29. Este día lo pasamos aguardando al General por momentos y no pareció. También temíamos que el vapor *San Carlos* viniera a buscar los otros porque ya era pasado el tiempo en que se debían haber visto. Tuvimos de visita a unos indios salvajes que con la novedad que hacían de nosotros no dejaron de divertirnos. Ya de comida no hablemos, porque la teníamos muy buena y por aditamento mucho vino San Julián. En esta noche se enfermó Mr. Cauty de un colerín.

Diciembre 30. A las nueve de la mañana llegó el vapor *Ogden* en que vino Spencer, sin traer ni noticia del General Mora, e inmediatamente nos alistamos para marchar sobre el fuerte de San Carlos. Aquí se mataron cuatro reses y nos alistamos de provisiones. Se embarcó el parque y los cañones y a las tres y media de la tarde nos pusimos en marcha. Al anochecer topamos dos lanchas granadinas cargadas de víveres; se hicieron atracar al vapor y se trasbordaron la tripulación y el cargamento, haciendo remolcar las embarcaciones. Como mil varas antes de llegar al Fuerte, a las diez de la noche, hicimos pasar a las lanchas unos cuarenta hombres con el Capitán D. Jesús Alvarado, el id. Cauty, el id. Francisco Quirós, el Subteniente D. Francisco Echandi y Dionisio Jiménez, teniente, para que desembarcaran en el punto que allí se llama La Garita, y el resto seguimos hasta frente al Morro en el vapor, adonde dimos fondo, porque la cuestión era de vida o muerte. En este instante sentí el miedo supremo de toda mi vida, viéndome bajo la plataforma del fuerte en que había dos cañones de a 24. En este estado hicimos la seña que ya sabíamos por el conducto de los que habitaban los vapores tomados y se nos contestó. Inmediatamente vino a bordo el comandante del Fuerte, como a la visita, y después de subir con su tripulación se le intimó la rendición del Fuerte, haciéndole saber que le teníamos en su Garita quinientos hombres que sólo aguardaban una señal para cargar sobre sus soldados, como en efecto estaba convenido con nuestra fuerza de tierra, que al sonido de una válvula cargarán. El comandante empezó por resistir, pero entre poco tuvo que ceder y dió una orden escrita. Inmediatamente tomé su mismo bote y con el Capitán D. Carlos Moya y el Teniente D. Ramón Campos y cuatro soldados fuimos a tierra, presentamos la orden a un oficial, y gritándole a nuestra gente de la Garita que estuvieran quietos hasta segunda orden, le hice saber al oficial filibustero que los teníamos circulos. Entonces estuvo anuente y puso a mi disposición todo. Hice formar los filibusteros y al desfilar éstos hice colocar nuestra fuerza de tierra sobre el Morro y recoger las armas que allí había. Esta noche hicimos pasar a bordo los setenta y dos filibusteros que guardaban el Fuerte. Dejando en el vapor una pequeña guarnición, hicimos desembarcar el resto de nuestros soldados. El Teniente D. Santos Mora fué encargado de arreglar el servicio. Inmediatamente puse un correo para San Miguelito pidiendo provisiones y dando parte.

Diciembre 31. A las cinco de la mañana volvieron a tierra los filibusteros y los elementos de guerra que había a bordo, y volvió el vapor a ver si topaba al General Mora y su fuerza; yo quedé arreglando el Fuerte. Los filibusteros los coloqué en la casa que me pareció más segura, al cuidado de una guardia. Se estableció la proveeduría y se dió principio a limpiar el Fuerte, que se hallaba perdido dentro del bosque. Disgusto del Dr. Bastos porque le obligaron a curar los soldados enfermos. Este día hubo algo de embriaguez en algunos oficiales y por consiguiente mal día para mí. A las doce de la noche vuelve el vapor *Virgen* trayendo al General Mora, al Coronel Salazar, a D. Clodomiro y Julián Echandi, etc., y un poco de tropa. Esta fué una hora de júbilo para mí, al considerarme exento de la responsabilidad que me abrumaba, y una satisfacción al encontrarme con

tantos amigos, en cuenta al Negro Oreamuno (6). Estuvimos en orgía hasta las tres de la mañana, favorecidos por una caja de vino San Julián que yo tenía.

Enero 1º de 1857. A las cinco de la mañana la fuerza se pone en pie y empieza el desembarco de algunas cosas que traía el General, menos víveres, o mejor dicho sólo desembarcaron ropa de cama, pues si por casualidad yo no tomo ayer unos dos botes cargados de provisiones, no sé qué nos hubiera pasado. El General me dijo que estaba contento de mi conducta en la expedición y que aprobaba todos mis procedimientos. El Coronel Salazar me contó que Spencer me había informado muy bien al General y lo mismo me dijo D. Clodomiro. El General manda que sigan los trabajos que yo mandé ayer principiar bajo la inspección del Teniente Santos Mora; también se arregló una casa para el parque y se mejoró el campamento. A los filibusteros que yo tenía prisioneros los mandó el General para San Juan del Norte y éstos, al irse, me hicieron llamar para despedirse de mí y me dieron afectuosamente las gracias, diciendo que yo los había tratado muy bien y me regalaron un barril de harina y otro de manteca de puerco, todo lo cual pasó al rancho o proveeduría. Hoy se encontraron los soldados, dentro del bosque, unos árboles de naranjo bien cargados de frutas, las que aprovechamos.

Enero 2. Se manda continuar el trabajo de fortificación que a su cargo tenía el Teniente Mora, y se trata de poner en facha dos cañones de a 24 que estaban tirados a la orilla de la agua. Hoy come la tropa carne y frijoles vacíos (7). En este día, hasta las tres de la tarde, se han matado diez y ocho víboras, de las cuales una mordió a un oficial sólo en la bota. A las cinco de la tarde llega Spencer del Toro en el *Ogden*, trayendo bizcocho y parque. Ahora se trata de atrapar el vapor *San Carlos*, pero para este lance mis emociones y cuidados son otros que en la presa de los anteriores; porque hoy la responsabilidad no es mía, y si nos va mal perderé la vida, mas no el honor. Al fin de este día la tropa está alegre: tiene su estómago lleno.

Enero 3. A las seis de la mañana se destinó la gente que debía trabajar en varias partes. Se dió principio a abrir un camino a la loma del Mico en que estaba una avanzada. A las nueve de la mañana se avistó el vapor *San Carlos*, que venía en dirección de La Virgen (el puerto). Inmediatamente se reunió toda la fuerza y se hizo ocultar, y sólo quedamos visibles, en traje de filibusteros y cerca de un cañón para hacer la señal que ellos usaban, el Capitán Cauty, el Ayudante Campos, el Teniente Coronel Rafael Alvarado, Malespín y yo. Cuando del vapor se hizo la señal tocando una válvula dos veces, nosotros respondimos con un tiro de cañón y seguidamente hice cargar ya con doble tiro de metralla y nos quedamos como impasibles, recostados unos al cañón y otros en diferentes posiciones. El vapor caminaba hacia nosotros. El General Mora estaba oculto con toda la fuerza, a excepción de treinta hombres que tenía el Coronel D. Luz Blanco emboscados a la margen del río. El vapor paró en el punto de costumbre, cerca del muelle y entonces un bote que teníamos preparado al intento, con dos extranjeros bien alec-

(6) Don José María Oreamuno, a quien llamaban el Negro.

(7) Comer vacío significa en Costa Rica comer sin pan o tortillas de maíz. Falta este costarricense en el Diccionario de Gagini.

cionados y *mejor pagados*, fueron a bordo para decir de parte del comandante del Fuerte que Walker tenía allí, que pasara y que no había novedad, pues de esta formalidad se usaba cada vez que el vapor llegaba; y al regresar nuestro bote, trajo del vapor al doctor de la guarnición del Fuerte y un teniente que habían ido de paseo a Rivas, Mr. Spencer, en el vapor *Ogden*, estaba listo con 25 hombres y dos pequeños cañones, en la primera vuelta del río, para imponerle la rendición al *San Carlos*. En este estado, el *San Carlos* arrancó sobre el río, y yo, con unos oficiales, en los cañones, sobre el Morro que domina el lago y el río, sólo aguardábamos que este vapor entrara en él para dar la voz a la tropa emboscada de formar en batalla y hacer volver la puntería de los cañones, que hasta aquí sus bocas se dirigían al cielo. Así fué; entró dicho vapor, y cuando unas 3 ó 400 personas, entre oficiales de Walker y pasajeros de California, recibieron de Mr. Spencer la orden de rendirse y vieron a retaguardia sobre ellos dos bocas de fuego de a 24 y unos doscientos rifles, a pesar de la resistencia de algunos filibusteros tuvieron que rendirse sin un tiro. Inmediatamente Spencer los hace trasbordar y avisa al General que va a dejar estos pasajeros a San Juan del Norte y que de allí se iría para San José, en virtud de estar cumplida su misión. El General se disgustó por la poca política de Spencer y mandó por la noche a Mr. Cauty para que hiciera venir al Fuerte todos los vapores. El Capitán D. José M^a Oreamuno había salido en comisión para Granada, todavía sin saber la toma del *San Carlos*. Después de todo esto me decían algunos oficiales de los de la vanguardia: “Caramba, mi Comandante, que aburre tanto asaltar vapores y fortificaciones”; porque hasta aquí habíamos tomado tres fortificaciones y nueve vapores, con 110 soldados que me habían quedado de los 200.

Enero 4. Se dispone fortificar la plataforma y se pone en práctica. Hoy está toda la tropa trabajando en varios puntos. Por la tarde vino Cauty en el *San Carlos*, dejando el *Virgen* en el Toro, al mando de un oficial subalterno. Inmediatamente se nombró comandante del *San Carlos* al Mayor D. Clodomiro Escalante y pasó a su bordo con 20 hombres. El Doctor Bastos ya fastidió al Estado Mayor y todos le huyen. Hoy nos llegaron de San Miguelito seis terneros en un bongo.

Enero 5. Continúan los trabajos. El Padre Brenes, que se había ido con el Capitán Oreamuno, llegó a San Miguelito y está aquí de vuelta. Se arreglan, montados en palos, dos cañones de a 24 que estaban tirados a la orilla de la agua. Antonio Lara y otros oficiales de su temple viven muy divertidos con la hija de la Chapina y otras. El punto de reunión de nosotros los oficiales y jefes formales es la tienda del Coronel Salazar. El cuartel del desorden y del juego es en el que está el Macho Alvarado (8) y Rojas (9), y el punto inhabitable es donde se encuentra a Bastos. La escasez de dinero nos aflige como en Rivas el año pasado. Campos, mi ayudante, roba a otros para mí las provisiones, y a mí me roba para los otros. Creo que lo que le gusta es el movimiento de cosas, la actividad.

Enero 6. Misa de tropa y siguen los trabajos. El Capitán D. Ezequiel Pi pasa de comandante con 20 hombres, al vapor *Virgen* que ancló en este puerto

(8) El capitán don Jesús Alvarado.

(9) El capitán don José María Rojas.

anoche a la una. Los oficiales pasean a los vapores. Tenemos víveres, pero se acabó el vino que yo tenía y nos hace falta algo alcohólico. He notado progreso, porque hasta D. Cruz (10) busca un trago.

Enero 7. Los trabajos, como antes, siguen. Llega el Coronel Montenegro, nicaragüense. Hoy amaneció de temporal. El doctor y el teniente que desembarcaron del San Carlos el día que se tomó hacen rancho conmigo y se manifiestan contentos con todos nosotros, hasta quererme granjear de algún modo; y como no tienen más que papel y cubiertas de cartas, eso nos dan. Estos filibusteros se han familiarizado tanto con todos nosotros, que dicen que vendrán a Costa Rica cuando nos vengamos. Mendoza siempre charlando y Bastos con la palabra. Hoy salió Charles de correo para el Castillo. Hoy me quitaron prestada la única cuarta (11) que me acompañaba y la emplearon para la proveeduría general.

Enero 8. Continúan los trabajos de fortificación y desmontes. Todo tranquilo. Menudean las lanchas de San Miguelito, pero no hay plata para comprarles sus rosquillas y cuajadas, pues sólo uno que otro soldado asoma algunos realitos, a no ser que los de más graduación los escondan por temor (de) que el Estado Mayor se los empreste. Supimos que hay un platanal sembrado por el difunto Presidente de Nicaragua D. Frutos Chamorro para la Nación, en la isla del Zapote, y mandamos traer algunos racimos.

Enero 8. Se aguarda con ansia la gente que quedó con Estrada (12) en el Muelle de San Carlos con el fin de emprender la marcha sobre algún punto del lago; pero esta dilación ya es alarmante. A las nueve de la noche salió Malespín y otro oficial para Ometepe con comunicaciones para aquellas autoridades. Se opina por cambiar el fondeadero de los buques que tenemos aquí por temor de un ataque de la parte del río, y para este caso ya tiene señalado Don Luz (13) el punto que debe defender y yo el mío.

Enero 10. Seguimos en zozobra por no tener noticia de Estrada, y se teme más por haber ido un número de tropa suficiente a dejar los pasajeros a San Juan del Norte. A las doce de este día llega Charles del Castillo, y dice que de allí para acá no hay ninguna novedad. Trajo una carta del Presidente Mora solicitando que perdonen a Daniel (14) de qué sé yo qué falta, a la subida en el Castillo, y fué perdonado.

Enero 11. Han venido a este Fuerte el Coronel Montenegro, el Capitán Espinosa y otros oficiales de Acoyapa, a visitar al General y manifestarle que todo Chontales estaba dispuesto a auxiliar a la tropa de Costa Rica con provisiones, etc., etc., y para el efecto se había arreglado una Junta con quien nos debíamos entender y qué sé yo qué otras palanganadas. El Capitán Oreamuno no parece ni la gente de Estrada. Esto da que pensar.

Enero 12. Anoche se fueron los oficiales de Acoyapa llevándose cincuenta armas de chispa y el suficiente parque. El ordenanza de Oreamuno vino y dice que

(10) El doctor don Cruz Alvarado.

(11) Antigua moneda de oro costarricense que valía la cuarta parte de una onza. De aquí su nombre.

(12) Don Juan Estrada.

(13) Don Luz Blanco.

(14) El capitán don Daniel Escalante.

su capitán había salido de Granada para el Fuerte un día antes que él, y a la hora de ésta no sabemos ni de este capitán ni de Francisco Alvarado con la fuerza de Estrada. Por precaución se mandaron fondear los vapores del lado del lago. Nos alarma la vista de un bote en la laguna, que desaparece. Se están montando los grandes cañones, aunque en malas cureñas, y ya mañana contaremos con siete en este Fuerte. Se han descubierto buenas calzadas de piedra desde el Fuerte al Morro y La Garita y ya el desmonte se está concluyendo.

Enero 13. Se sospecha alguna catástrofe sobre el río San Juan en razón de no tenerse ni noticia de Estrada. Sale ahora mismo para San José un correo por la vía de Tortuga. Se refuerzan con soldados los vapores. Pasé en persona hoy a bordo a dar órdenes estrictas y severas respecto a los extranjeros que sirven de tripulación. El oficial D. Santos Mora continúa con actividad el trabajo de la plataforma. La lluvia es constante. A las cinco de la tarde me dijo el General que mañana pasaría yo a Granada en comisión. Mr. Cauty me convida a cenar a bordo del *San Carlos*. A las diez de la noche llega el vapor que trae a Estrada con 200 hombres del Muelle de San Carlos. Se me manda alistar para una comisión y ya doy por frustrados todos mis planes en el viaje a Granada adonde yo deseaba pasar con ansia, en razón de las relaciones que de antemano tengo con aquellas gentes.

Enero 14. A las dos de la madrugada se me ordena marchar con tres oficiales (Capitán Francisco Quirós, Teniente D. Jiménez y Ramón Campos) y veinte soldados, en el vapor *Ogden*, hacia La Trinidad y reforzar al Zuavo, a causa de un correo que trajo la noticia de estarse organizando en San Juan del Norte una fuerza de 700 hombres para tomar los vapores y forzar el paso, hasta volverle a abrir las comunicaciones a Walker con el Norte por el río. Marché y a las seis de la mañana llegamos al Castillo Viejo y continuamos, después de haber hecho provisiones. A las tres de la tarde llegamos al funesto estero del Copalchí, funesto por la noche tan mala que pasamos entre la lluvia, el zancudo, el temor del ataque que esperábamos y el hambre que nos afligía. Era la noche del 21 de Diciembre último. Allí ya nos hablan de un bote que está a la margen izquierda del río, diciéndonos: "No se metan a La Trinidad". Hicimos abordar el bote y me explicó un soldado que el día antes había mandado de correo el Zuavo, que hoy al medio día oyó un tiroteo hasta de cañón y que cree que han atacado los filibusteros. Como este soldado no sabía la causa del tiroteo ni el resultado, mandé un bote con un oficial y dos marineros, para que con las precauciones necesarias averiguaran si nuestra guarnición era dueña del punto. Este oficial debía llegar (hasta) una milla antes de La Trinidad y desembarcar, para por dentro del monte observar qué gente estaba (allí); pero como no es lo mismo andar por montaña que en vapor, se dilataba más de lo que creíamos, por lo que la tripulación tomó miedo a extremo de decirme el ingeniero, con algo de energía, que debíamos levantar el ancla y volvernos. Yo, al decirle que no, le manifesté que qué le íbamos a decir al General y más dejando un oficial y dos marineros perdidos y sin haber visto nada. A las once de la noche gritó el oficial, arribó al vapor y dijo que no había novedad en la guarnición; que el tiroteo había sido blanqueando. Dispuse pasar aquí la noche.

Enero 15. A las cuatro de la mañana mandé levantar el ancla y marchamos. Todavía estaba oscuro cuando llegamos a La Trinidad, y cuando amaneció saltamos a tierra. ¡Oh aflicción cuando me hago cargo de la fortificación y conozco su disposición: un callejoncito formado por dos trincheras de vástago de plátano, en veinte varas de largo y tres de ancho! El piso es un lodazal que pasa del tobillo, de provisiones nada, enfermos muchos, y los que no lo están parecen cadáveres. La fatiga y privaciones tienen a estos hombres como con dolor de estómago: tales son los semblantes que encuentro en los treinta hombres con que debo sostener el punto contra 700. El vapor sigue al Muelle de Sarapiquí a traer refuerzo de tropa y provisiones y doy principio a construir un rancho, para tener alguna comodidad y ver si se reanima el espíritu de la tropa. Arreglo puntos avanzados, hago tomar calomel a algunos soldados enfermos y a otros ipecacuana, todo recetado por mí, porque no hay más médico, aunque sé tanto de esto como un caballo de misas.

Enero 16. A la una de la madrugada hice salir al oficial D. Francisco Quirós para Greytown con una carta para D. Juan Mesnier e instrucciones, a fin de desbaratar sus planes a los filibusteros echando a pique el vaporcito que arreglan. Ofrecí a este oficial y sus soldados una gratificación si se portan bien; ésta en atención al riesgo que van corriendo. He mandado que la gente sólo trabaje cuando no llueve, que será dos o tres horas cada día, porque es temporal firme. Hoy el campamento es una laguna. Tenemos poco que comer.

Enero 17. Se aguarda por momentos el ataque, según noticias recibidas, y por consiguiente hay mucha vigilancia. Hoy sólo se ha comido guineo cele (15), uno por ración, frijoles muy picados y sin gota de sal. Los soldados solicitan permiso de ir a buscar palmitos.

Enero 18. Ni nos atacan los filibusteros, ni tenemos noticia por ningún lado; el hambre de firme. A las diez de la mañana hace dos tiros de rifle la descubierta: era la señal de alarma. Llamo a las armas a 28 hombres que tengo buenos y me preparo. Se avistó una embarcación y es la de Zubieta, a quien había mandado de antemano a tomar noticia del enemigo. Este correo dice que se alista el enemigo y lo mismo me dice D. Juan Mesnier por una carta, advirtiéndome que el plan de los filibusteros es llamarme la atención por abajo y formalizar el ataque por retaguardia. ¿Quién con una luz se pierde?, me dije yo. Aquí son los apuros y van disposiciones.

Enero 19. Hoy me amaneció desde las cuatro de la mañana, porque temo que a esta hora me ataquen. A las diez de la mañana baja una balsa vacía por el Sarapaquí y tras ella un hombre de los nuestros ahogado, a quien no pudimos conocer. A las tres de la tarde llega el vapor del Muelle de Sarapiquí, trayéndome un refuerzo de 250 hombres al mando del Coronel D. Pío J. Fernández. Esto fué gran consuelo por una parte, pero peor para todos por otra. Ni ellos trajeron provisiones ni yo las tengo; sin embargo se tocó diana en una mala corneta. Mando otra comisión a San Juan.

(15) Celeque. Fruta muy tierna o en leche.

Enero 20. Se trata de proceder a la formación de habitaciones, aunque sin fierros (16) para ello. Sigze la lluvia y la tropa está a la intemperie. Hoy enorme creciente del San Juan y el Sarapiquí hasta inundarnos, al extremo de meterse el agua por la boca de los cañones y obligarme a descargarlos. El hambre sigue y los guineos ya hoy son del tamaño del dedo chiquito, pues se van agotando los miserables platanitos. Hoy doy aviso por un expreso de que la posición es mala y que debemos cambiarla.

Enero 21. Aun no han venido las provisiones y el hambre aprieta. Mando dar la última ración de frijoles sin otro agregado que sus gorgojos, y ni siquiera sal. A las doce sale una comisión a traer plátanos adonde Petacas; y aunque es muy expuesta, por estar a ese lado los filibusteros, es indispensable por la necesidad. También escribo a Petacas ofreciéndole pagar bien por que vaya a San Juan, tanto a traer víveres como noticia de los filibusteros. A las cinco de la tarde primera felicidad: recibimos cinco novillos que vinieron por tierra, conducidos por ocho hombres en cinco días desde el Muelle de Sarapiquí. Cuentan éstos muchos trabajos por los ríos y esteros que tuvieron que atravesar. A las seis de la tarde alarma. Se arregla la fuerza en el orden de combate, pero no pasamos de eso.

Enero 22. Amanece y ni un bizcocho que comer pero tenemos carne, aunque vacía. A las tres de la tarde llega Petacas trayéndonos plátanos. En este momento se ve reflejar el gozo en todos los semblantes, por tener bastimento por dos días. A las cuatro de la tarde vino un bote del Muelle trayéndonos bizcocho aunque mojado; pero sirve para un día. Esta tarde todo es gozo. En este momento arriba un bote que se escapó de San Juan y su gente dice que los filibusteros se preparan; pero no hay cuidado, tenemos qué comer.

Enero 23. Se manda traer un bote que dejó Mataviejas en el río abajo, en el desempeño de una comisión. La lluvia no cesa y a pesar de esto sigue el trabajo del rancho, gracias a las actividades del Capitán Herra (17). Hoy sólo me mortifica los muchos enfermos y no haber cómo auxiliarlos ni conducirlos a otra parte. Esto sí que es lastimoso, ver a un hombre con disentería o fiebre, acostado en el fango y a la intemperie; porque dentro del rancho ya no caben. Se trata de arreglarles algunos colchones, provisionarles con hojas de bijagua.

Enero 24. A las siete llega el vapor *Morgan* al mando del Capitán Rafael Rojas, trayendo la correspondencia para San José, para donde va también don Francisco Gutiérrez y su hijo Agustín. Se regresa el vapor llevándose a D. Pío Fernández, al Zuavo y veintiséis enfermos para el Fuerte, junto con ciento cuarenta y cinco fusiles que me han dejado los enfermos y desertores. A las once del día vino un bote de San Juan con cartas de Mesnier, en que me avisa que me prepare, porque vienen ya los filibusteros. Hoy se desertaron veintiocho entre alajuelas y heredianos. Mandé al sargento Berrocal a alcanzarlos. Se marchó D. Chico Gutiérrez y Agustín, con Solera, para San José.

Enero 25. Sigue la lluvia; el trabajo no puede adelantarse como se quiere. Los enfermos se aumentan seguramente por las noticias que ayer mandó Mesnier

(16) Costarriqueñismo por herramientas.

(17) Don Tomás Herra, que llegó a ser general.

de que vienen los filibusteros. Volvió el sargento Berrocal sin haber alcanzado a los desertores.

Enero 26. A las seis de la mañana se empieza el trabajo por trasladar a mejor punto el cañón que está en la esquina adelantada de la trinchera, por estar siempre consumido en agua con motivo de las crecientes del río. Se comienza a empajar el rancho y nos falta la palma. A las dos de la tarde se avista una balsa que viene del Muelle de Sarapiquí y en ella el Coronel Bosque (18), C. Moya y Spencer. Les ha costado gran trabajo pegar a aquí, porque el río está grande. Esta noche mucho de conversación y de rajar. Cada uno cuenta grandes hazañas en su vida militar. Sólo Carlos Moya se divierte en silencio, oyéndolos.

Enero 27. Lluve demasiado fuerte y por esto no se ha trabajado mucho. Ya temo por la dilación del oficial Francisco Quirós y supongo que lo hayan tomado en San Juan preso. También me tiene con cuidado el no venir el vapor del Castillo, el cual debía llevar a Spencer y Bosque. Nos ha venido D. Chico González, de Alajuela, con un su negocio de cajetas de dulce, a las que tuve que ponerles precio en razón de lo caras que las vendía a los pobres soldados, que por necesidad debían comprarle.

Enero 28. El día es mejor que otros. Los trabajos empiezan con mucha actividad. A las nueve de la mañana estábamos sentados todos los de la plana mayor para almorzar, y yo, que estaba frente al río, vi, muy adelante, por dentro de los árboles, una columna de humo que se me confundía entre los nubarrones que ordinariamente se levantan en estas montañas; pero la detonación de un cañonazo sobre nosotros me hizo conocer que se aproximaba un vapor de guerra, rompiendo las hostilidades. Inmediatamente di la voz "¡A las armas!", y tres minutos después ocupábamos una posición defensiva. Continuó un cañoneo de parte de los filibusteros, pero no nos ofendían sus balas. Mandé hacer una descarga de nuestros cañones, más bien por limpiarlos y por decirles "*Aquí estamos*", que por hacerles daño, en razón de la distancia. Ellos se retiraron. Media hora después ordené que la tropa siguiera almorzando, pero siempre alerta. Mandé destacar una avanzada de dos soldados y un cabo al otro lado del río, sobre la derecha, de donde se descubre un tablazo de dicho río, para que den aviso cuando el vapor quiera aproximarse. Se hace doblar la vigilancia. Se aumenta el número de enfermos y desertores de la tropa de Alajuela. El tiempo o la lluvia calma, pero mucha hambre, porque no hay qué comer.

Enero 29. Sigue dándonos en qué pensar la dilación del vapor del Castillo, y no contamos con los oficiales Quirós y Zubieta de la comisión de San Juan. Este día es más seco y el trabajo adelanta. Se trata de arreglar las trincheras cambiando el tallo de plátano, de que son, por tierra y palos. Se disponen avanzadas con señas combinadas para el caso de que vengan vapor o botes. Salió Vicente Salazar para el interior con la correspondencia. Más enfermos. Mejora el tiempo.

Enero 30. No hay noticia ni de arriba ni de abajo del río. Mandé una guerrilla de veinte hombres y a los oficiales Desiderio Selva y Dionisio Jiménez al otro lado del río, para que emboscados en el lugar adonde se arrima el vapor cuan-

(18) Don Manuel Giberga del Bosque.

do nos viene a ofender lo ataquen. Señalé a cada hombre un árbol para que le sirviera de trinchera. El oficial de la avanzada de arriba del río da parte de que oye golpes de machete sobre los árboles, al otro lado del río: alarma en el campamento. Mando examinar la ribera opuesta y nada aparece. Llega un bote del Castillo con comunicaciones para el interior y con prevención de mandarlas inmediatamente. Buen tiempo.

Enero 31. Amanece y no hay novedad. El trabajo del rancho está al concluirse. Se hacen pasar los enfermos más graves al lugar que ocupan los oficiales, por mejor. A las tres de la tarde llega el vapor del Castillo sin traer noticia de interés y se regresa inmediatamente, llevándose a Bosque y Spencer. Una hora después vino un bote del Muelle de Sarapiquí trayendo comunicaciones bien alarmantes, pues son las copias de unas cartas de San Juan del Norte al Gobierno, en que se le comunica la disposición de los filibusteros de aquel puerto, indicando sus planes. Con motivo de haberse enfermado mi segundo, que lo era el Capitán D. Damián Soto, y de haberse marchado para el Castillo, nombré en su lugar al Capitán Herra. Spencer llevó quince cuartas para comprar y mandarme del Castillo unos botes, porque estamos en poder de uno.

Febrero 1º A las seis de la mañana se fué D. Francisco González para el Muelle de Sarapiquí, dejando a su hijo Adolfo. Este día buen tiempo. Se concluyó el rancho y se acomodó la tropa. Nos vino aguardiente y se racionó de él a los soldados. No ha habido noticia de ninguna parte.

Febrero 2. Amanece lloviendo y nosotros siempre en alarma aguardando a los filibusteros. Se trabaja en pisos y comodidades de la nueva casa. A las tres de la tarde nos llegaron unos pocos víveres y en seguida una balsa, la que costó mucho que arrimara, en razón a que hay una fuerte corriente sobre la margen derecha del río. Vino en ella D. Crisanto Soto, de Alajuela, con aguardiente y otras bromas, como negociante, y a sus vendimias les fijé precio para evitar que valido de la ocasión sacrificara a los que están sacrificándose por la patria. También llegó el Teniente D. José Solano trayendo del Castillo un cañoncito de a tres, el que hice poner en la punta avanzada de la trinchera, y mandé que este teniente, como comandante de artillería, la pusiera en buen orden. Napoleón Aguilar se supone mejor que Solano y no quiere estar a sus órdenes y pide que se le dé otra colocación. Lo hice arrestar y lo obligué a obedecer.

Febrero 3. En la mañana de este (día) vino un bote del Castillo trayendo la correspondencia para el interior. Trae la noticia de un combate en San Jorge, en el cual perdió Walker 150 hombres. Esta correspondencia la mandé inmediatamente. Una hora después vino D. Pío Alvarado del Muelle, juntamente con víveres. Don Pío va para el Castillo con el fin de sacar una picada hasta el Muelle de San Carlos y aguardará aquí hasta tanto venga un vapor que lo lleve.

Febrero 4. Sin novedad. A las diez de la mañana murió un soldado de los que vinieron en (la) vanguardia, a causa de una disentería. Seguimos aguardando a los filibusteros, que según noticias están a la puerta, y no tenemos ni un bote capaz para explorar el río. No parece el vapor del Fuerte que debía haber venido y esta dilación me indica novedades en Rivas. Se da principio a refaccionar las trincheras, cambiando el tallo de plátano por tierra y madera. El camino de ma-

dera hasta la casa nueva está al concluirse. El número de enfermos hoy es de cuarenta y cuatro de fiebre y ocho de disentería. Di medio escudo de surtimiento a cada individuo. La lluvia continúa.

Febrero 5. Se trabaja con los alentados (19) en la trinchera, en los ratos que no llueve, para ver si evitamos que se enfermen tantos. El vapor no parece. Ningún acontecimiento.

Febrero 6. A la una de la tarde sonaron los dos tiros de seña de la descubierta de mi derecha, indicando que venían los filibusteros. En el acto mandé tocar llamada a los trabajadores de la montaña y se reunieron a los presentes, salvo alguno que otro que se escondió; y cuando sólo nos habíamos podido medio formar, principió el enemigo su fuego de cañón, rompiéndonos la casa principal. Les contestamos y se entabló el fuego. La descubierta que había colocado en la margen izquierda, al mando del oficial D. Desiderio Selva y dos oficiales más, le rompieron el fuego al vapor, que era de donde nos tiroteaban, como a 50 pasos; y como esto no (lo) aguardaban ellos, se retiraron. A las cuatro de la tarde mandé al Capitán Zarret, como jefe de día, a visitar y ver si la avanzada del oficial Selva estaba bien colocada y a prevenirle que se cuidase de una sorpresa; y cuando este jefe de día saltaba a tierra, caminando ya como diez pasos, los filibusteros le dirigen a quema ropa la primera descarga. El jefe de día, al movimiento de apuntarle, se deja caer y en seguida se tiró al río, y sus marineros, que tras él vieron esto, por la margen tomaron la montaña. El fuego se nutrió por ambas partes; y como ya estábamos a doscientas varas de distancia, se trocaban entre unas y otras tropas, así como balazos, insultos, hasta que anocheció. A esta hora se retiraron los filibusteros voluntariamente, porque como no teníamos embarcación alguna, no podíamos movernos y menos perseguirlos. Cuando ya se hubo concluido el tiroteo por una y otra parte, se oyó una voz al otro lado del río que decía: "Comandante, por Dios, mándeme pasar, que me muero". Esta voz era la del Capitán jefe de día Zarret, a quien yo consideraba muerto junto con sus marineros; pero que por haber estado dentro del agua durante dos horas, creía él que porque estaba entumecido se moría. Yo le contesté que el único bote o cayuco que teníamos lo traía él y que no había otro recurso que lo tomara y se viniera. Esto hablábamos cuando la avanzada de Selva llegó, después de haberse portado muy mal, y juntos pasaron de cuatro en cuatro. En este día tuvieron los filibusteros pérdidas mayores que nosotros y establecieron su campamento a dos mil varas del nuestro, a favor de una vuelta que hace el río. En seguida mandé racionar y sólo hubo un guineo cele para cada soldado. Esta noche tuvimos inundación en el campamento, pues se crecieron los ríos y se vino el agua por el estero de retaguardia del campamento y la tropa buscó a media noche la parte más alta del terreno. Don Crisanto Soto, de Alajuela, había llegado dos días antes con rosquetes, aguardiente y otras vendimias para negociar con la tropa, y en esta tarde se marchó a la montaña con sus arrieros y allí durmieron.

Febrero 7. Muy de mañana volvieron y vendieron el cargamento a los oficiales Campos y Gamboa pero de fiado, a condición de pagarlo en San José cuan-

(19) Costarrriqueñismo por persona sana.

do el Gobierno cancelara todas sus deudas. Soto y sus arrieros se marcharon en el acto (20). Este día tuvimos guaro libre, rosquetes, empanadas, etc., etc., a discreción. Vino el vapor del Fuerte y se regresó llevando de pasajeros a D. Evaristo Carazo y otros, y además 28 soldados entre enfermos y heridos, porque como allá estaba el Dr. D. Cruz Alvarado era el hospital. Muchos soldados y oficiales, bien por miedo de las balas o por el hambre que pasamos, quieren irse en el vapor so pretexto de enfermos. Lo cierto es que debe ser por hambre, pues a todos se nos pone la cara muy larga cuando pasamos un día entero sin comer, caso que nos ha sucedido muchas veces; y además eso de estar siempre mojados y en el fango no; aflige, porque nadie tiene relevo de ropa ni calzado. El oficial D. Sinforsoso Zamora en su encargo de proveedor, se porta muy bien cuando tiene qué proveer. El Capitán Zarret y el Capitán Solano tuvieron camorra esta mañana y yo intervine calmando la cuestión, aunque no me disgustaba la creencia de que cada uno era un guapo, porque en estas circunstancias me convenían estos piques para estimular el valor.

Febrero 8. Hoy amaneció de buen tiempo. Hubo sol por dos horas y nos calentamos un poco. Me empeñé en aumentar cuatro o seis varas de trinchera formal, en lugar de la de vástagos de plátano que tenía el Zuavo. La estoy haciendo de cinco cuartas de espesor de tierra entre fajinas. A las once ataca el enemigo con un vapor artillado y una columna por tierra, como de cuatrocientos hombres. Rompen sus fuegos y di orden a mi tropa, que era en número de ciento veinte hombres, de defenderse y de tirar sólo con seguridad de pegar, porque el parque y especialmente los tubos (21) me faltaban. Mantuvimos un tiroteo flojo sólo porque vieran que estamos aquí, economizando mis quince balas rasas para un caso de que se vinieran al asalto, pues no había más, para recibir sus vapores, que estas balas. Ellos no se empeñaron en derrotarnos; supongo que sólo quieren inspeccionar mi vecindad para algo formal después. Se retiraron a las dos horas. Ellos tienen vapores y embarcaciones menores y pueden moverse como quieren; nosotros tenemos un bote que sólo contiene dos marineros con su canaleta y cuatro pasajeros. ¿Qué hacer con esta embarcación para pasar el río ciento y pico de hombres, para atacar setecientos hombres atrincherados? (Es un) delirio pensarlo. A las cinco de la tarde vino un bote del Muelle de Sarapiquí trayendo bizcocho mojado. Hoy se presentó un soldado que vendía guate en San José, yerno del Sr. Bermúdez, portero del Palacio, con una botella de coñac, dándonos un trago en medio de la función de armas, y Moya le dijo: "Por este trago algún día te daré veinte". Tan oportuno fué.

Febrero 9. Mal tiempo; como de costumbre, aguacero. Mandé al Capitán Herra a las nueve de la mañana en el bote, atravesando el Sarapiquí, con el anteojo a observar las operaciones del enemigo; y como este oficial es de mi entera con-

(20) Concluída la campaña y meses después vino Soto con el pagaré a cobrar a los oficiales y le contestaron que si bien el Gobierno había cancelado con las tropas, le faltaba que arreglar los \$ 100.000 del Perú y que hasta entonces se les cumplía su plazo, según el documento otorgado. **Nota del autor.**

(21) Fulminantes.

fianza, le encargué se aproximara al campo enemigo y curiosara lo posible. A su vuelta dice que se fortifican los enemigos y que tienen una chata armada con cañones. Hoy se desertó una avanzada entera, y (hay) parte (de) que se susurra otra desertión en otro combate que haya; pero no he podido averiguar quién sea el promotor de esto. Hoy me dijo Moya: "Qué ventaja nos llevan estos filibusteros; ellos con buena galleta, conservas de toda clase, qué beber y con embarcaciones de todo porte, y nosotros de todo esto nada; sólo lodo para vivir como ranas".

Febrero 10. Hoy me vi en la triste necesidad de reducir las avanzadas hacia la trinchera, por temor de la desertión, y mantener dos oficiales en expectativa. Me aflige el semblante de esta tropa, pero mi esperanza es que cuando haya qué comer se animen. Quieren algunos oficiales que nos comamos el último buey que nos queda, y yo les dije que éste es para cuando tengamos tres días de no comer; porque se debe comer en el día, pues no habiendo sal. al siguiente no sirve la carne por el clima. El enemigo sigue arreglando sus fortificaciones y yo no puedo ni molestarlo, porque no tengo embarcaciones para pasar el río.

Febrero 11. Hoy vino el vapor del Fuerte con el Capitán D. Francisco Alvarado y cincuenta hombres, con orden de (atacar) a los filibusteros dándole yo 50 más; pero que aconsejara si sería o no prudente este ataque. Yo le dije al Capitán Francisco: "Me parece difícil que cien hombres, llegando por montaña, asalten a setecientos atrincherados, y más cuando deben estar muy listos recordando el asalto pasado; pero como es V. el que viene a operar, haga lo que quiera". Y me dijo que opinaba como yo. Regresó el vapor con la tropa que trajo y el Capitán D. Rafael Rojas. Mientras tanto yo seguí arreglando mis dos pedazos de trinchera, uno que da al Sarapiquí y otro al San Juan. Mandé para el fuerte ocho soldados enfermos de calentura y disentería y un herido en la cabeza que se volvió loco por la herida.

Febrero 12. Amaneció el día despejado y tenemos media ración para hoy; pero supongo que nos vendrán provisiones del Muelle de Sarapiquí. Ningún movimiento del enemigo se ha notado hoy en la mañana. Mandé al oficial Manuel Sueco con dos soldados al otro lado del Sarapiquí, a observar el campo enemigo. Llevó provisiones de las pocas que tenemos. A las cuatro de la tarde yo, con el antejo, en la expectativa, vi caer unas ramas a mi frente del Norte, que es la loma que domina mi posición. Esto me alarmó y ya supuse que el enemigo me coronaba esta altura; pero ¿cómo evitarlo sin embarcaciones y con poca tropa? Me resolví a verlos venir. Mandé racionar con lo muy poco que había y di mis órdenes sobre la vigilancia. Sólo me desconsolaba la falta de pertrechos de toda clase.

Febrero 13. A las cinco de la mañana dormíamos, a excepción de los centinelas, que también creo que dormían. Se oyó la detonación de un rifle. En el acto me levanté y pregunté al primer centinela: "¿Adónde fué el tiro?" Me dió una dirección; pregunté al otro, me dió otra dirección; pregunté al tercero y todos me dieron distinto rumbo. Por esta confusión y calculando que ese tiro y a estas horas, a la puerta de mi campamento, significa mucho, llamé a las armas. En cinco minutos cada soldado estaba en su puesto, pegado a los pedacitos de trinchera. No transcurrieron otros cinco minutos cuando tres o quinientas balas de rifle y tres tiros de cañón a palanqueta vinieron sobre nuestro campo; pero ya estábamos cubiertos y ni un solo herido me causó semejante granizada.

La oscuridad de la madrugada y a más las neblinas que de ordinario duran aquí hasta las siete de la mañana, no permitían vernos con el enemigo. Yo di orden de que nadie tire hasta que yo lo mande. El temor de que los filibusteros, por nuestra inercia, supusieran que el punto estaba desierto, me hizo preparar mis cañones con bala rasa de las 15 que tengo y esperar hasta que aclarara. Mientras tanto ellos nos mantuvieron un fuego vivísimo de rifle y artillería. Por supuesto, tiraban al tanteo, porque no nos veían; sólo a las casas me les hicieron algunas heridas con palanqueta mientras aclaró la mañana. Cuando ya aclaró y distinguíamos bien los grupos enemigos, también, como ellos, ordené una descarga simultánea de rifles y artillería, pero con prevención de que apuntaran bien. Entonces se encandiló la función. Ellos doblaron la actividad de sus fuegos y poco a poco calmé los míos, porque calculé que la jornada era larga y yo estoy limitado con el parque. Así es que cuando se agrupaban algunas columnas, cada diez o quince minutos o menos, les mandaba hacer fuego de cañón a metralla y entendidos los soldados que sólo debían tirar apuntando bien. Yo tenía tres piezas de artillería colocadas como me pareció conveniente: una mandaba el Capitán José Solano, otra D. Rafael Castro alias Frijoles, y la otra el Teniente Ramón Brenes, y unos cien hombres; porque aunque llegué a tener 250, entre bajas de enfermos, heridos y desertores se me redujo la fuerza.

Por las diez de la mañana una bala de cañón le rompió, haciendo muchos huecos, la cobija (22) al sargento del principal cañón llamado Juan Romero, de San José, que la tenía doblada y colgada. Este sargento se arrimó a la trinchera y les dijo a los filibusteros los mayores insultos. Poco después me dijo el Capitán Herra: “¿Cree V. que haya hombre más valiente que este sargento Romero?” Le contesté que el que (lo) fuera mucho sería como él; no por el hecho de insultar, sino por su cumplimiento. Hacia el medio día me gritó el oficial Manuel Sueco, a quien tenía yo apostado a la derecha del Sarapiquí, que el enemigo atravesaba el río para flanquearme sobre mi derecha. Yo lo había presumido y me había preparado por este lado. Le grité a Sueco que se marchara aguas arriba del Sarapiquí y no se dejara tomar con sus dos soldados.

Una hora después yo tenía encima los fuegos cruzados, pero había puesto de este lado un mentado cañón, que se llamó El Clucas en San José cuando yo era muchacho; lo mandaba el oficial Ramón Brenes. Le mandé poner carga doble de metralla. Puse al oficial Mataviejas, Rafael Castillo, el negro Pedro Porras, todos de San José, con treinta rifleros, con orden de esperar mi voz para hacer fuego. Se vino sobre este lado una división próximamente de 200 hombres, en columnas, con desorden. Ellos rompieron sus fuegos al salir de la montaña y yo quieto. Cuando llegaron a la orilla opuesta del río, que tendrá poco más de 100 pasos, mandé romperles el fuego. Esta descarga y las siguientes les hicieron una matanza, hasta que se retiraron a la montaña y se apostaron tras los árboles, de donde siguieron fogueándonos.

Había un tabanco o bodega arriba del piso de la casa, adonde había mandado alzar un queso seco como de media arroba, un saco de arroz y otro de dulce.

(22) Costarriqueñismo por manta, frazada.

Hacia el medio día la tropa me pedía algo de ración, porque nadie había almorzado, y como sabían que no había ninguna clase de provisión y sí que arriba había dulce, etc., dijo un soldado de Cartago que por un tajo de dulce se subiría. Yo le dije que no, porque lo mataban. Se empeñó en subir y a media escala lo mataron. A poco vino otro de Heredia empeñado en lo mismo. También me negué; pero como todos exigían lo único que había, lo permití. A éste se lo apearon, porque le dieron en la cara, pero no murió. Vino Pedro Porras (el negro) con la porfía de apea lo que había. Ese fué dichoso, porque aunque le vino una descarga, ya estaba arriba y lo echó todo abajo. A puñito de arroz crudo y pedacito de dulce racionamos y nada más este día. A las dos de la tarde ya nos habían botado las casas con su artillería. Una astilla de solera cogió por la espalda al cabo Jesús Castro, alias Cacho, lo tumbó y se dió por muerto; pero a poco le pasó el susto. Mantuvimos el puesto con uno que otro tiro.

A las cuatro de la tarde reuní los capitanes Herra, Solano, Zarret, Moya y Morales y resolvimos la retirada por la noche. Inmediatamente di orden al Capitán Mercedes Morales, de Heredia, para ponerse en marcha con los enfermos y heridos, tomando aguas arriba del Sarapiquí, con la bastante cautela para no ser visto este desfile por el enemigo. El baquiano para esta zafada fué el último buey y lo mandé poner adelante, pues por este camino había venido.

Continuaban los filibusteros con sus fuegos, siempre briosos, por el Norte y el Este. Yo se los contestaba flojos, por la falta de municiones. A esta hora mandé a los oficiales Tiburcio Echandi y Ambrosio Salazar, con un soldado, aguas arriba del San Juan hasta encontrar el vapor y avisar que desocupaba el puesto, para que se regresara, pues suponía que el vapor del Fuerte debía llegar y temía lo tomaran los filibusteros. Al anoecer puse en marcha la fuerza, quedándome en el campamento con el Capitán Herra, Moya, Ramón Campos, Rafael Castro y unos asistentes. Echamos los cañones al agua, encendimos tres fogones bien encandilados y entre las siete y las ocho de la noche fuimos a alcanzar a la tropa. No nos costó poco encontrarla. Después de media noche alcanzamos la retaguardia. Hicimos alto y dormimos unas dos horas en la montaña.

Febrero 14. Al amanecer hoy llegamos a un río que llaman Toro Amarillo, en su confluencia con el Sarapiquí. Este río aquí sólo se puede pasar embarcado; pero por fortuna estaban aquí dos botes con provisiones. Nos sirvieron éstas, y los botes para pasar el río. Siempre temiendo la persecución; pero teníamos 25 tubos para salvar la retirada. Después de pasar el río di orden para racionar de bizcocho y licor; pero me pesó por éste, porque muchos se emborracharon. Aquí tomé un bote en que cupimos dos marineros, Moya, un herido y yo. Marché en paralelo con la tropa que iba por tierra. Dormimos en la montaña.

Febrero 15. Esta noche un tigre nos mató el buey, que se había adelantado. Seguimos la marcha sin novedad y a las seis de la tarde llegamos al Muelle de Sarapiquí. Aquí provisiones de toda clase, un enorme almacén con todo lo que puede necesitar un ejército, al mando de D. Pedro Porras. Preparé el campo y puse un correo al Gobierno dando parte de lo ocurrido.

Febrero 16. Poco a poco iban llegando los enfermos, a quienes había mandado botes a favorecer. Di pasaportes a unos veinte enfermos sobre el interior, y aquí alto la marcha.

Febrero 17. Hoy mandé una comisión a buscar al oficial Sueco y no hubo noticia. Está a la derecha del Sarapiquí con dos soldados, desde el 13 y sin provisiones. Nos ocupamos de limpiar y arreglar las armas; pero ya aquí se come perfectamente y si es necesario resistiremos al enemigo. A las cinco de la tarde pareció Sueco y sus dos soldados, contando que vivieron sólo de súrtubas, pues el parque se mojó y no podían cazar.

Febrero 18. Este día nada de particular. Sólo comentarios sobre el tiempo pasado. Di pasaporte a unos quince enfermos.

Febrero 19. Vino correo dando orden el Gobierno de reconcentrar la fuerza y nos preparamos para la marcha.

Febrero 20. Salimos del Muelle dejando 20 hombres de guarnición y dormimos en La Virgen sin ninguna novedad.

Febrero 21. Se emprendió la marcha a las siete de la mañana y dormimos en El Desengaño con mucho frío, y muchos deplorando el mal camino de este día. Aquí me encontré al Capitán Francisco Quirós, que dió vuelta, por Moín, a San José y me contó que vino con un general Melo y un Dr. Uladislao Durán, y me habló de los trabajos que pasaron por el mal camino. Este capitán huyó por la costa de San Juan del Norte hasta Moín (23).

Febrero 22. Llegamos a San José, nos recibieron con la banda en el Paso de la Vaca, entramos a los cuarteles, dejamos las armas, nos tocaron fajina, y ni muchas gracias. Sólo nos dijeron que después se nos pagaría el prest de toda la campaña.

¡Tiempo de inmortal memoria para el Ejército de Costa Rica! Se presenta una cuestión de armas; se da la señal de ¡Al arma!; se reúne el ejército; se da medio escudo de habilitación a cada soldado, poco más a los oficiales; se marchan con un mal rancho y mal arreglada proveeduría, a condición de que cuando tengan hambre hagan su diligencia, sin saqueo. Amputan a un soldado o le inutilizan un miembro. Le quedan catorce reales de montepío para mantener tal vez media docena de hijos muy jóvenes, y nadie para su vista en este infeliz. ¡Tal es la condición de un militar en mi país!

Erección del Obispado

La historia de las gestiones que hicieron nuestros mayores, durante casi tres siglos, para ver de conseguir que la Santa Sede erigiese a Costa Rica en diócesis independiente de la Silla de León, puede leerse en el extenso y minucioso estudio que como contribución al libro conmemorativo del siglo XIX, escribió el sabio y laborioso Obispo Sr. Thiel. Allí se narran desde las peticiones dirigidas al Rey por los primeros conquistadores en favor de Juan Estrada Rávago, hasta la erección del Obispado de San José en 1850.

(23) Véase atrás el 16 de Enero, en que quedó cortado el Capitán Quirós. **Nota del autor.**